

GASTON GARCIA CANTU

Nativo de Puebla, nació en 1917.

Periodista. Cultiva la historia y el ensayo con brillantez. Le debemos: *Los falsos rumores* (1956); *Desafíos a la Nación* (1959); *México en el mediterráneo americano* (1960); *Cuaderno de notas* (1961); *Utopías mexicanas* (1963); y *El pensamiento de la reacción mexicana* (1965).

Fuente: Gastón García Cantú. *Utopías mexicanas*. México, Biblioteca Era, 1963. 170 p., p. 109-119.

LA OCUPACION DE VERACRUZ

A las once de la mañana del 21 de abril de 1914, en el puerto de Veracruz, un empleado federal salió al balcón de su oficina. A pesar de los cuatro acorazados surtos en la bahía, la ciudad estaba en calma. Días después describió lo ocurrido: "Serían las once de la mañana, cuando comenzaron a salir, como brotados del fondo cenagoso de la bahía, los marinos norteamericanos. Venían de diversos puntos de la costa: y mientras unos desembocaban en la estación terminal, otros aparecieron, como por ensalmo, en las calles de los terrenos ganados al mar. Brotaban en silencio, y se desparramaban de tal guisa, que pasó un poco tiempo antes de que la gente del puerto se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Un gendarme de punto —¿Aurelio Monfort?— en una de las calles próximas al muelle, dio la señal de alarma. Indignado ante la vista de los marinos armados, disparó su pisola sobre un grupo de ellos, que avanzaba a paso veloz, y con la bayoneta calada. El guardián cayó acribillado a tiros." Empezaba la invasión de Veracruz, culminando, en apariencia, sucesos sin importancia: el 9 de abril, entre las once y las doce de la mañana, las tropas constitucionalistas asediaban Tampico. Del buque de guerra norteamericano *Dolphin* partieron, en una lancha, seis marinos sin bandera; al llegar a tierra, cerca del puente Iturbide, el coronel Ramón E. Hinojosa los hizo aprehender. Horas más tarde los marinos regresaron a sus buques. Al atardecer, el almirante Mayo presentó un ultimátum de 24 horas al ge-

neral Ignacio Morelos Zaragoza, jefe huertista de la plaza, conteniendo cinco demandas: satisfacción, por los miembros del estado mayor, a la tripulación del *Dolphin*; que la bandera de los Estados Unidos de América (sic), se izara en lugar público y elevado; un saludo de 21 cañonazos a la enseña, y castigo severo para el coronel Hinojosa. Dos hechos más fueron agravios imperdonables para los norteamericanos: se detuvo un mensaje oficial del Departamento de Estado a O'Shaughnessy, representante oficial de Wilson ante Victoriano Huerta, y la aprehensión de un ordenanza del buque *Minnesota*, en Veracruz. El ministro de Marina, Josephus Daniels, acatando órdenes de Wilson, despachó a nuestras costas las naves de guerra de que disponía. El 15 de abril, la prensa norteamericana abrió la guerra de papel:

“¿Por qué —preguntaba el director del *Boston Post* a Huerta— se niega usted a saludar la bandera de los Estados Unidos? El pueblo de aquí es amigo de usted. No podemos comprender la actitud que ha asumido usted, al no hacer público lo ocurrido. ¿Podrá usted telegrafarnos la versión mexicana?”

A lo que Huerta, lacónico, repuso: “La actitud del gobierno de la República de México, en el incidente de Tampico, es justa y está en derecho...” El mismo día 15 de abril Wilson recibía a varios senadores, entre ellos a Cabot Lodge. De lo que acordaron con Wilson, Lodge anotó en su diario: “Nos dijo que se avecinaba una crisis con motivo del episodio de Tampico y que él podría verse obligado a hacer uso del ejército y de la marina de guerra. Agregó que deseaba saber si, a nuestro juicio, debía pedir autorización al Congreso. Yo manifesté que, sin duda alguna, tenía facultades para obrar y tomar posesión a fin de proteger las vidas y haciendas de los norteamericanos, aun sin autorización de la Legislatura.” Los senadores norteamericanos aprobaron la petición de Wilson. El mismo ardor de sus campañas electorales encendía las palabras: “Yo los obligaría a saludar la bandera, aunque tuviese que volar la ciudad”, gritaba Chilton, de Virginia Occidental; a lo que William Borah, replicaba: *Si la bandera de Estados Unidos llega a ser izada en México, nunca será arriada. Este es el principio de la marcha de los Estados Unidos hasta el Canal de Panamá.* La batalla de papel no iba a la zaga de los senadores. El *Mining and Engineering World*, de Chicago, clamaba por la intervención: México debía ser terri-

torio de los Estados Unidos y sus habitantes, ciudadanos norteamericanos.

“Las relaciones entre los Estados Unidos y México están en crisis. La guerra es un hecho, y la política de «espera vigilante» ha terminado al fin. El presidente Wilson ha sido muy paciente, quizás demasiado paciente, al manejarse en la actual situación del modo que lo ha hecho hasta hoy. Pero ahora que ha recurrido a la fuerza —único argumento que nuestros turbulentos vecinos están aptos para entender—, el pueblo de los Estados Unidos debe encontrarse satisfecho.

“*La guerra que ha de purgar a México de sus podridos sistemas de gobierno y de sus grandes turbas de bandidos faltos de todo respeto a la ley, tiene unas proporciones considerables y permítasenos confiar en que se impulsará con gran vigor y se llevará a feliz término. Las tareas que nos hemos impuesto y que tenemos por delante son inmensas. Está bien que nosotros digamos que nuestra lucha es solamente para eliminar a Huerta y que no sentimos enemistad alguna hacia el pueblo mexicano, pero ¿creerá esto el pueblo de México? ¿Lo creerán los llamados rebeldes? Indudablemente que no, porque no está en su naturaleza.*

“*Una raza que en su mayor parte está compuesta de mestizos, de indios y aventureros españoles, no puede fácilmente creer que peleamos por demostrarle nuestro amor. Durante siglos ha sido víctima de la opresión, de la superstición, de la degradación de todas sus autoridades.*” Y si sospecha de nuestros propósitos no debe culpársela por ello.

“Ahora bien, considerándonos sus enemigos, la nación se unirá para combatirnos. No nos forjemos ilusiones a este respecto. Aún aquellos que odian a Huerta se pondrán de su lado para pelear contra nosotros. Hoy o mañana, muy pronto nos encontraremos en guerra con México. Sabemos qué clase de guerra será ésta. Tenemos experiencias análogas. *La lucha no ha de ser muy larga; no durará los cinco años que piensan algunos; pero probablemente dure tres. Acabaremos la conquista prontamente, y entonces haremos por México lo que hemos hecho por Cuba, Puerto Rico y Filipinas, salvar al pueblo de sí mismo.*

“Nuestro deber es libertar al país del sistema empleado por ladrones, asesinos y cohechadores. El pueblo mexicano ha demostrado que no es bastante fuerte para gobernarse de una manera estable. Ahora que tomamos por nuestra cuenta el

asunto, estamos obligados a garantizar al mundo que en lo sucesivo el gobierno de México será conducido de un modo benéfico para los intereses del mismo pueblo mexicano y de los extranjeros que allá residan o hagan negocios. Sólo en estas condiciones podrá hacerse una transacción honrada sin tener molestias.

“Para llegar a esto —concluían los del *World* de Chicago— debemos convertir a México en territorio de los Estados Unidos y a los mexicanos en ciudadanos americanos. Entonces aprenderán lo que significa vivir en un país libre bajo un gobierno verdaderamente democrático. Ahora que nuestro trabajo ha principiado, no podemos dejarlo a medio hacer. Estamos obligados a llevarlo a completo y honorable término.”

Wilson, de las exposiciones de políticos y periodistas, recogió una que habría de correr con fortuna en Latinoamérica: no declarar la guerra a México sino a su gobierno. Ante los periodistas que le preguntaban por los sucesos en nuestro país, Wilson expuso su teoría: “. . . en ninguna circunstancia concebible pelearemos contra el pueblo mexicano. Se trata exclusivamente de un asunto entre ese gobierno y una persona que se llama a sí mismo presidente provisional de México y cuyo derecho a llamarse así no hemos reconocido nosotros en ninguna forma.” Casi a la misma hora que desembarcaba la infantería de marina en Veracruz, Wilson declamaba ante el congreso lo mismo que había dicho a los periodistas: “*Vengo a pediros —dijo— vuestra aprobación para que pueda yo emplear las fuerzas armadas de los Estados Unidos, tan ampliamente como pueda ser necesario, para obtener del general Huerta y sus secuaces, el más completo reconocimiento de los derechos y dignidad de los Estados Unidos, aun en medio de las angustiosas condiciones que ahora prevalecen en México. . .* En lo que hacemos no puede haber pensamiento de agresión o de engrandecimiento egoísta. . . Deseamos conservar incólume nuestra influencia al servicio de la libertad, tanto en los Estados Unidos como en cualquiera otra parte donde puede emplearse en beneficio de la humanidad.”

Cuando Wilson declaraba su política con México, el acorazado *Prairie* abría el fuego contra la Escuela Naval de Veracruz; 89 jovencitos hacían frente a más de 1,500 marinos. Parapetados en las ventanas del edificio donde habían improvisado trincheras con los colchones de sus camas, contestaban los disparos. Caían los muros. En las calles, hombres y mu-

jeros combatían con lo que tenían a mano. Al paso de los invasores, les arrojaban agua hirviente; grupos de hombres disparaban de las azoteas; otros, en los portales, procuraban detener el avance de la infantería de marina, disparando pistolas y viejos rifles. El tableteo incessante de una ametralladora detuvo, por horas, a los invasores. Al final del combate el pueblo recogía a sus heridos y a sus muertos: más de 700. (¿Dónde estaban los 250,000 soldados que Huerta dijo tener el 2 de abril; dónde los 12,400 reservistas y 31,000 rurales?) Los norteamericanos seguían desembarcando. Al caer la noche, había en Veracruz, más de 7,000.

La tesis de Wilson, de hacer la guerra a Huerta y no al pueblo mexicano, fue repetida por el Senado norteamericano. Su respuesta al informe de Wilson fue breve: "En vista de los hechos presentados por el presidente de los Estados Unidos, en informe rendido en sesión plenaria del Congreso, el 20 de abril, respecto a ciertas afrentas y ultrajes cometidos contra los Estados Unidos por México, se resuelve por el Senado y la Cámara de Diputados del Congreso de los Estados Unidos, de común acuerdo, que el presidente tiene facultades para emplear la fuerza armada de los Estados Unidos para apoyar su demanda de satisfacciones inequívocas por ciertas afrentas e injurias cometidas, y se resuelve, además, que los Estados Unidos rehusan toda hostilidad en contra del pueblo mexicano y cualquier propósito para hacerle la guerra a México."

La contradicción de Wilson y del Senado fue examinada por Roberto A. Esteva Ruiz, subsecretario de Relaciones Exteriores, sin mayor rigor: "*Los Estados Unidos, escribió, no han hecho una declaración de guerra; pero han iniciado la guerra en la misma forma en que la empezaron contra España, en Cuba, hace algunos años.*"

Wilson no varió su punto de vista. Se aferró a su teoría y la expuso en todas las ocasiones posibles. Mientras tanto, los acorazados merodeaban a lo largo de las costas mexicanas. El 25 de abril, los infantes de marina *desembarcaban* en Salina Cruz; dos días antes, un crucero y dos transportes entraban en Tuxpan y tres acorazados y doce destructores se apoderaban de la rada de Tampico; otra flota navegaba frente a Manzanillo, Bahía Magdalena fue sitio de aprovisionamiento para los barcos de guerra que entraban y salían de nuestros puertos. Ocupada Veracruz, el contraalmirante Fletcher dio a conocer los términos de su proclama: "La fuerza naval de los Estados

Unidos, que está bajo mi mando, ha ocupado temporalmente la ciudad de Veracruz, para inspeccionar la administración pública a causa de los disturbios que actualmente reinan en México.

“Todos los empleados que sirven a la municipalidad de este puerto quedan invitados para continuar en el desempeño de sus funciones como lo han hecho hasta ahora...” No pocos infelices acudieron a sus puestos.

En el Senado mexicano, el ministro de Relaciones, José López Portillo y Rojas, hizo un resumen de los sucesos: “*La tragedia está hecha y no es tragedia sólo nuestra: es una guerra, señores, de toda la América Latina. La extrema vanguardia que es México, ha tomado el contacto con el enemigo; eso es todo. La América Latina se defiende en nosotros, todos los pueblos de habla española de América están pendientes, están fijos en nosotros; la avalancha es grande...*”

López Portillo, acaso en su discurso más sincero a pesar de sus servicios a Huerta, decía a los senadores, mudos e impávidos: “*La tragedia está hecha. La tragedia debía venir y vino. ¿Quiénes son? Los mismos, los mismos de siempre, los salteadores eternos, los ladrones eternos; son los mismos que volaron el Maine; son los mismos que cometieron el crimen de Filipinas, el crimen de Nicaragua; los mismos de todos los crímenes, que hoy hacen el crimen de México, que habrá de serles bastante pesado. Los Estados Unidos del Norte no son una nación, son una sociedad mercantil para robar naciones y nada más.*”

La afirmación de López Portillo no era, ciertamente, distinta de la del mismo Wilson. En la primavera de 1908 en sus lecciones sobre el gobierno de los Estados Unidos, dijo a los estudiantes de Princeton: “Nuestra historia ha sido en su mayor parte la historia de nuestros negocios.” Wilson, con el fervor de un lector de la Biblia, había pretendido gobernar con un código moral. Fuerte, limpio, liberal, *jeffersoniano*, como le juzgaron sus contemporáneos, era, sin embargo, un calvinista: el mundo le parecía separado en dos partes irreconciliables: el bien y el mal; unos, los buenos; otros, los perversos. En su reinterpretación de la democracia, no había tan sólo que gobernar con un código, sino con la certidumbre de que los Estados Unidos habían sido ganados para el mal. Los ideales de los fundadores de la nación habían sido olvidados y el gobierno, por los negocios, era instrumento del mal. Pre-

tendió reformar las tarifas aduaneras, limitar la influencia de los monopolios. Pero, ¿quiénes eran en verdad, los dueños del país? La respuesta a su pregunta se la dio el Comité Pujo, cuyo informe databa de 1911. El país estaba en manos de Morgan y Rockefeller. Las dos casas reinantes disponían de 341 puestos directivos en 112 compañías y su capital ascendía a 22,245 millones de dólares. Wilson, ante los hechos y las cifras, comentó: "El crecimiento de la nación y de nuestras actividades están en manos de unos pocos seres... Este es el mayor problema y a él han de avocarse los hombres de Estado con el serio propósito de servir el largo futuro y las verdaderas libertades humanas..." El mal era indestructible. En los Estados Unidos hubo leyes, proclamas, discursos, campañas persuasivas. En el extranjero, todo permaneció inalterable: marinos en Nicaragua; arrendamiento de la bahía de Fonseca; empeño de las islas de Gran y Pequeño Corn; ocupación militar de Santo Domingo, intervención en Haití. El mal iba de afuera hacia dentro y acabó por clavarle una espina en el costado al señor Wilson.

Wilson era hombre de sanas costumbres. Sus hábitos de profesor le hacían riguroso en sus métodos. Jugaba —confesó a su amiga Mary A. Hulbert— diez u once hoyos de golf todos los días, hiciera calor o frío; viajaba en automóvil, asistía al teatro, vestido de blanco, con gesto sereno. Los domingos iba al templo y, al atardecer, junto a su fiel Joseph Tumukty, escribía a sus amigos. A Mary Hulbert le confió sus penas un atardecer dominical: "El escribir mi correspondencia renueva deliciosamente mis pensamientos y sentimientos normales, los que me pertenecen, no como presidente que trata de arreglárselas con un imposible presidente de México..."

Wilson hizo un relato a la señora Hulbert de su trato con Huerta. En su carta, del 24 de agosto de 1913, le decía:

"Nuestro amigo Huerta es un divertido bruto. Se halla perfectamente en su carácter siempre. Es tan falso, tan socarrón, tan jactancioso (con la jactancia del ignorante principalmente) y, también, tan valeroso, tan resuelto, que forma una rara mezcla de debilidad y de fuerza, de ridículo y de responsabilidad. En un instante se ansía su sangre, como un simple acto de justicia por lo que ha hecho, y al siguiente momento se sorprende uno mismo de abrigar una secreta admiración por su temple. No cejará hasta que no derribe la casa con él. Sólo quiere a los que le aconsejan lo que él quiere hacer y

tiene frío plomo para los que le dicen la verdad. Es casi cuerdo y siempre imposible, y, sin embargo, qué luchador tan indomable por su propia fuerza. Cada nuevo día las noticias de la ciudad de México echan por tierra las del anterior; todo asunto se asemeja a una masa de mercurio. No me atrevo a acabar mi mensaje al Congreso, para el martes, mientras no llegan las noticias de ese día, por temor de que lo que diga en ese mensaje pueda ser falso de hecho. A cualquier hora del día o de la noche puedo tener que considerar más juicio acerca de lo que sería mejor hacer. ¿Os maravilláis de que haya yo perdido una poca de carne?"

Huerta, que había entrado a la presidencia por la embajada de los Estados Unidos, asesinando a Madero y Pino Suárez era, como dijo de sí mismo, un "hombre sin lágrimas". Para el profesor de Princeton, Huerta fue un acertijo que no descifró jamás, aunque sus frecuentes exámenes se aproximaran al conocimiento de su carácter. En verdad, fue un duelo y Wilson acabó por confesar: "La espina que llevo en el costado es México, naturalmente. Experimento una secreta admiración cuando menos, por la indomable tenaz determinación de Huerta. No hay duda de que se basa principalmente en la ignorancia; pero es tan firme como una roca. Por eso es más interesante la tarea de hacerlo desaparecer. Parece odiarme enconadamente (¿debemos culparlo?); pero yo no abrigo ningún sentimiento personal contra él. Sus insultos no me turban ni en mínimo grado. Son una prueba de cómo se le presentan las cosas y de cuán venturosamente me he convertido para él en un obstáculo insuperable." La alegría de Wilson era, precisamente, lo que en sus desvelos de Princeton calificó de pasión solemne: el conocimiento del mal. La disputa petrolera entre Inglaterra y los Estados Unidos desde 1906, al otorgar el gobierno de Porfirio Díaz concesiones a lord Cowdray para explotar pozos petroleros, había llegado a su fin. El coronel House y sir Edward Grey, embajador de México, habían acordado conciliar los intereses de sus gobiernos, a cambio de que Inglaterra —país que reconoció el primero a Huerta— tuviera igualdad de tarifas en el Canal de Panamá. Wilson obtuvo del Congreso, en 15 de junio de 1914, una ley al respecto. La advertencia de Doheny al Senado norteamericano, en 1913, la asimiló Wilson: "México no es solamente una fuente de petróleo en grandes cantidades, sino que tiene las mayores reservas conocidas y desarrolladas, y además,

otras fuentes probables de importancia —es decir, las de Inglaterra— se encuentran en condiciones menos favorables política, nacional y geográficamente que las pertenencias petroleras americanas en México.” De 1911 a 1913 se habían extraído de los campos petroleros mexicanos 54.807,304 barriles. La más alta cantidad de petróleo de aquella época.

Si la situación mexicana no favoreciera los intereses petroleros, declaró Doheny ante el Senado que tenía listo al “general” Peláez (el Mobutu de aquel entonces) para llevarlo, con sus guardias blancas, a la presidencia de la República.

Las bandas armadas de Peláez —las únicas que había en el país— recorrían las Huastecas asesinando campesinos para resguardar los intereses de Morgan y Rockefeller. El mal, a unos cuantos kilómetros de Veracruz, aparecía en los pozos petroleros, brotando en la misma Casa Blanca.

Inglaterra, sin embargo, no cedió del todo: vendió armas a Huerta. El 21 de abril de 1914, el secretario de Estado, Bryan, despertaba a Wilson, quien dormía en White Sulphur Springs, para decirle que el barco alemán *Ipiranga* llegaba al puerto de Veracruz. Wilson consultó con Daniels, su ministro de Marina.

—¿Qué opinas, Daniels?

—No debe permitirse que las municiones caigan en manos de Huerta. Puedo ordenar al contraalmirante Fletcher que lo evite y que ocupe la aduana. Creo que debe hacerse.

Tiempo después, Josephus Daniels recordaría aquellos hechos: “Lo que determinó este acto, así como las recomendaciones de los secretarios, fue la creencia de que si eran desembarcadas las municiones, darían más fuerza al presidente usurpador y aumentarían las pérdidas de vidas en México; aparte de que las armas podrían ser usadas más tarde contra los jóvenes norteamericanos.”

Wilson parecía haber triunfado. Nuevamente México, como en tiempos de Díaz, era una parte del “Mediterráneo americano”. Sin embargo, las clases en pugna combatían en Morelos y en Torreón. El 12 de abril, Villa derrotaba a las tropas federales de Huerta en San Pedro de las Colonias. Sus victorias, las más importantes de la Revolución, liberaban a los campesinos de los hacendados. El 20 de mayo Villa ocupaba Saltillo y el 24 de junio, Zacatecas. Obregón, por accidente, se apoderaba de Acaponeta y Tepic; sitiaba Mazatlán y el 8 de julio entraba en Guadalajara. Zapata, por el sur, estaba a

las puertas de la capital. Wilson, al levantar el embargo de armas y municiones por la frontera, creía hacer una jugada en su favor: armar a unos para matar a otros. Huerta huyó del país. Los marinos seguían en México. A la intervención de Argentina, Brasil y Chile —mediadores prudentes—, Carranza hubo de replicar con energía, defendiendo la política internacional de nuestro país, en una comunicación suscrita por Elíseo Arredondo: "...El señor Carranza no ha dudado ni por un momento que en el curso de dichas conferencias —las de los embajadores de los países citados con los funcionarios de Wilson— los representantes de las naciones latinoamericanas, guiadas por su alto patriotismo y por la conciencia de sus propios intereses, tomarán en ellas la única actitud que pueden tomar oponiéndose abiertamente a los actos que significan una intervención de los Estados Unidos o de cualesquiera otras naciones en los asuntos interiores de México..." La espina en el costado de Wilson seguía clavada. Villa, a quien creyó tener en las manos, se le escapó un día por Chihuahua y apareció en Columbus matando americanos:

("Comenzaron a echar expediciones los aeroplanos comenzaron a volar por distintas y varias direcciones, buscando a Villa, queriéndolo matar.

"Los de a caballo ya no se podían sentar, mas los de a pie no podían caminar; entonces Villa les pasa en aeroplano y desde arriba les dijo: *god bay*.")

Carranza apoyaba la política mexicana en un ejército popular, numeroso y combativo. La victoria contra el ejército de la dictadura favoreció la independencia del país: el 10. de agosto de 1914 don Venustiano decretó un impuesto de diez centavos sobre tonelada métrica de petróleo crudo; el 12 de diciembre, anunció revisar las leyes para la explotación de minas, petróleo, aguas y bosques; el 7 de enero, por último, impidió, en un decreto, la construcción de oleoductos y la perforación de pozos: bases, estas últimas, del artículo 27 constitucional.

El 23 de noviembre, los marinos norteamericanos se fueron de Veracruz. En julio de aquel mismo año de 1914, la

guerra mundial había estallado. Guillermo II de Alemania, ante la retórica calvinista de Wilson, se preguntó: “La moral está bien, pero ¿y los dividendos?” Lo que parecía imposible —un nuevo reparto del mundo ya descubierto y sojuzgado— era factible: nuevas colonias y millones de seres humanos pasarían de unos monopolios a otros. Wilson necesitaba de todos los jóvenes norteamericanos. Daniels no clamó, entonces, por sus vidas y ordenó la desocupación de Veracruz. Zarparon los acorazados y las costas mexicanas se perdieron de vista para los invasores. Entre tanto Wilson, disimulando la espina en su costado, se entregaba a su diario, pacífico recreo, en su oficina de la Casa Blanca: darle vueltas, lentamente, acariándola, a una esfera azul: el mundo. ¿No recuerda este diario ejercicio —divulgado por el fiel servidor de Wilson, Stan-
nard Baker—, el delirio de *El gran dictador* de Chaplin?